
VALORES DE IZQUIERDA ANTE LA MODERNIZACION

Josep M. Colomer

análisis y debate



2

No parece difícil, mirando hacia atrás sin ira, acordar que en los últimos años ha habido un gran cambio en la izquierda: se ha pasado de creer en todo tipo de dogmas y utopismos y de ver la política como una fe y una mística trascendentales, a un cierto cinismo y una especie de resignación ante la fatalidad. Se ha pasado de una concepción de la militancia como autosacrificio, que implicaba una consideración de la política cercana al sacerdocio, a presentar casi como único horizonte de la actividad política la acomodación pasiva a las circunstancias y la instalación más o menos cómoda en el mundo tal como es.

En esta situación, se requiere una buena dosis de optimismo para sostener que es posible una distinción entre derecha e izquierda, tanto en objetivos como en métodos; es decir, que la izquierda tiene unos valores propios y característicos, que pueden inspirar una acción política que sea al mismo tiempo realista y rigurosa y también específica y diversa de otra acción política alternativa. Los

valores que definen la izquierda son valores como la participación (frente a la inhibición de los asuntos colectivos), la tolerancia (frente al sectarismo), la igualdad de oportunidades (frente al grito de sálvese quien pueda), la solidaridad (contra los privilegios). Pero estos valores hoy difícilmente pueden apoyarse en fundamentaciones morales absolutas como las de otras épocas: trátase de la Religión, la Lógica de la Naturaleza o la Razón de la Historia. Por ello, a veces puede dar la impresión que elegir estos valores de izquierda y no los alternativos de derecha sea una cuestión que dependa de los sentimientos de cada cual (no en vano el corazón está situado a la izquierda) Pero no parece que este criterio sentimental pueda ser decisivo si se aspira a aumentar la capacidad crítica, la inteligencia y la lucidez ante la realidad. De todos modos, esta voluntad de afirmar una especificidad de izquierdas no deja de ser la expresión de una insatisfacción ante la situación existente, definición esta última que tal vez sea una aproximación al concepto «izquierda» más sólida de lo que a primera vista pueda parecer.

Pero no se trata sólo de una cuestión de sentimientos. El interés de los valores citados reside sobre todo en que responden al desarrollo de las reglas de juego más aptas para la convivencia del conjunto de la sociedad; es decir, porque son valores propios de la democracia, que ha sido el objetivo y la conquista básicos del combate de la izquierda, más allá de las retóricas y los ideologismos con que tal empeño se ha recubierto en los momentos difíciles.

Abandonar, pues, viejos mitos engañosos tiene un aspecto positivo de liberación personal y mental. Especialmente cuando se trata de doctrinas que pretendían dar explicaciones a todo y encajar el entero desarrollo de la Naturaleza y de la vida de los hombres en un único proceso, guiado por una lógica interna, que había de conducir hacia un único final predeterminado de la Historia. Y también de una visión de la clase que se suponía que era el sujeto histórico revolucionario, a la que se atribuía poco menos que la condición de redentor porque era contemplada como portadora inherente de las formas de vida de una nueva sociedad. Hoy sabemos, por el contrario, que no habrá un gran día glorioso al final de la Historia ni un Paraíso futuro.

Ante este vacío, se han adoptado diversas posturas: ha habido quien ha pasado de un idealismo revolucionario desahogado a la rendición pura y simple, a la capitulación del ideal ante la realidad. Cabe señalar que, desgraciadamente, no es rara —ni tal vez ilógica— esta oscilación entre el idealismo extremo de izquierda y el ultrarrealismo que sólo contempla una única opción posible.

Pero, aparte de esta liquidación por derribo, hay también supervivencias de aquellos ideologismos: ha habido quien ha estado dispuesto a enrolarse en cualquier nueva quimera en boga, sólo con que alguien la vendiera con alguna faramalla: a sustituir, por ejemplo, el Proletariado por la Nación, la Sociedad sin clases por la Armonía ecológica de las especies naturales, la Fe en la Revolución por la Fe en la Independencia de Euskadi o de Cataluña, que al parecer realizarían la definitiva Felicidad de los súbditos del respectivo solar.

A menudo hay también ideologías sin fe; es decir, residuos ideológicos instrumentados de un modo más o menos cínico para enmascarar pequeñas batallas de grupo o de fracción. A veces el uso retórico de los grandes principios se asemeja al despliegue de grandes banderas que sirven de pantalla a comportamientos oportunistas o carrerismos personales.

El hecho es que hoy los cambios de todo tipo de la sociedad (de las divisiones sociales, del trabajo organizado por las nuevas tecnologías, de las redes de comunicación) son mucho más rápidos que la toma de conciencia de los mismos. Hay ya una notable disociación entre algunos de aquellos discursos heredados de la izquierda y la acción cotidiana, entre las expectativas creadas en un pasado aún reciente y las realizaciones concretas de hoy.

Se requiere, por tanto, dejar atrás algunas de las viejas doctrinas y adoptar muchas ideas nuevas: nuevos conceptos para comprender los cambios, y también la recuperación en un nuevo contexto de algunos valores del patrimonio moral de la izquierda que hoy pueden dar un nuevo sentido a su acción.

Uno de los elementos que sin duda hay que dejar atrás es lo que algunos han llamado la herencia jacobina, una herencia que ha pervivido tanto en los sistemas ideológicos de la ortodoxia socialdemócrata como de la ortodoxia comunista. Es decir, la idea de una minoría ilustrada que se autoatribuye una legitimidad de vanguardia única y dirigente porque cree poseer una supuesta verdad ideológica o una pretendida «conciencia de la necesidad histórica», y aspira, por ello, a imponerse como única intérprete del interés general.

Por el contrario, se requiere un nuevo lenguaje político, con poca retórica, basado sobre todo en el rigor y el conocimiento de los hechos y en la reflexión sobre la experiencia.

Hoy nos hallamos inmersos en un proceso de modernización económica, que comporta renovación tecnológica y mayor integración en circuitos internacionales, que está revolucionando las formas de vida y las representaciones mentales tradicionales. Ahora bien, este mismo proceso está dando lugar a nuevas formas de exclusión y de desigualdad social, que podrían llegar incluso a configurar una sociedad dual: una sociedad en la que hubiera, por un lado, las personas con empleo estable, con rentas, prestaciones o subvenciones garantizadas, directa o indirectamente, por el Estado; y, por otro lado, los parados, las personas con trabajos precarios, los inmigrantes, los extranjeros y los marginados de todo tipo.

Al mismo tiempo, mientras se extienden los egoísmos y los corporativismos en la sociedad, se están configurando nuevos centros de poder económico (en los que a menudo se imbrican nuevas tecnologías, producción industrial y organización militar), muy diferentes de los clásicos propietarios individuales y situados fuera de las áreas habituales de control tanto de las instituciones representativas como de la opinión pública o del mercado.

La existencia de estos nuevos poderes y procesos de decisión «invisibles» contribuye a crear la sensación de que los fines y las alternativas políticas ya están determinados, que sólo hay unas únicas opciones «inevitables» que habría que tomar en cualquier caso.

En España, además, estos nuevos fenómenos se añaden —como es sabido— a la pervivencia de algunos de los poderes «fácticos» tradicionales, así como al arraigo de mentalidades colectivas propias de una sociedad que ha tenido una industrialización tardía y caótica y falta de experiencia democrática: la inhibición de los asuntos públicos si no comportan una expectativa de beneficio personal inmediato, los comportamientos clientelares en las relaciones entre ciudadanos y

Administración, y una cultura política subdesarrollada que tiende a personalizar las opciones partidarias y a mantener bajos niveles de asociacionismo y de participación. La consolidación de estos rasgos sólo podría conducir, en un plazo más o menos breve, a una pérdida de credibilidad de los representantes políticos, que asumirían una representación cada vez más formal y difícilmente conseguirían actuar como mediadores entre los intereses diversos que se enfrentan en la sociedad.

Ante esta creciente complejidad social, la derecha se ha decantado espectacularmente en estos últimos años hacia un neoliberalismo económico bastante parecido a la ley de la selva, sin tan siquiera la ilusión de aquella «mano invisible» y casi milagrosa que, según decían los liberales clásicos, debía armonizar espontáneamente los intereses particulares en una prosperidad general. Lo que la derecha propugna hoy es, pues, la ley del más fuerte, el aumento inconsiderado de todas las desigualdades e injusticias.

Tal es, en resumen, el panorama actual de la modernización. Pero tampoco da la impresión de que la recesión económica y la disgregación de las estructuras sociales tradicionales nos esté conduciendo precisamente hacia una situación pre-revolucionaria. Más bien parece que la alternativa que se abre ante nosotros es: *o bien el afianzamiento de los diversos reductos de poder incontrolados y de los diversos corporativismos sociales (una especie de refeudalización de la sociedad), o bien la institucionalización del pluralismo mediante la profundización de la democracia y su extensión a todos los ámbitos de la sociedad.*

No hay, por tanto, una única «modernización» posible. La modernización técnica y económica es una opción que social y políticamente no está predeterminada, ni en las formas de avanzar hacia ella ni en las relaciones sociales que contribuirá a consolidar. Desde una perspectiva de izquierda, la modernización no puede ser, pues, una mera adaptación tecnocrática a procesos inducidos desde fuera. No puede ser únicamente una modernización industrial, sino que ha de ser también una modernización del Estado, de la sociedad, de las mentalidades colectivas y, por supuesto, del propio pensamiento de izquierdas.

La izquierda no puede identificarse, así, con un determinado modelo económico u otro, sino sobre todo con un conjunto de valores. Dicho en pocas palabras, la izquierda es hoy la electrónica y la informática, pero también la profundización de la democracia y de la solidaridad.

Por ello, en esta nueva situación pueden tomar nueva vigencia algunos valores de la tradición socialista (especialmente los que tienden a denunciar las desigualdades sociales ocultas tras una igualdad legal o formal), así como algunos valores importantes de la tradición liberal (especialmente la defensa de los derechos de los individuos y de las minorías y la idea de libertad como pluralismo y variedad), e incluso algunos valores de la tradición libertaria (como el antiautoritarismo y el estímulo de la iniciativa personal).

No se trata, pues, de dejar de ser, por ejemplo, comunista para convertirse en socialdemócrata, ni de dejar de ser marxista para hacerse liberal. Tampoco se trata de construir, con algunos retales, una nueva etiqueta-síntesis. Se trata más bien de conseguir vivificar unos determinados valores de izquierda en una políti-

ca de objetivos concretos, dentro de una situación difícil que plantea nuevos retos y que requiere cada día nuevas soluciones.

Consolidar y desarrollar la democracia significa, entre otras cosas, aumentar la transparencia y las posibilidades de control de los poderes fácticos y los poderes invisibles; multiplicar los instrumentos y los campos de participación, la pluralidad de los medios de información y de comunicación; simplificar y eliminar las superposiciones entre los diversos niveles administrativos y concebir, por tanto, el municipio, la comunidad autónoma, el Estado y la comunidad internacional como niveles de participación política que, precisamente por su diversificación, ofrecen mayores oportunidades de iniciativa e intervención social; por ello, federalismo, que ha sido históricamente una de las concepciones comunes de diversas tradiciones de izquierda en este país: tanto de republicanos liberales como de anarquistas, de comunistas como de socialistas.

Hay, pues, unos valores propios de la democracia en los que la izquierda puede apoyar su acción, unos valores que cabe contrastar permanentemente con los resultados concretos de una u otra política de modernización.

En primer lugar, el valor de la tolerancia, concebida no tanto como una insensibilidad pasiva sino como reconocimiento activo de la diferencia, como ocasión de diálogo y comunicación.

En segundo lugar, la solidaridad con los más desfavorecidos, como un esfuerzo por evitar la cristalización de privilegios y por reducir las desigualdades debidas a la arbitrariedad o el azar.

En tercer lugar, los valores de la autonomía del individuo y de la responsabilidad personal; la creación de las mayores oportunidades posibles de desarrollar las variadas facultades naturales de cada uno, de ejercer las capacidades humanas de realizar deseos deliberados y planes razonables, de desarrollar la convivencia y la colaboración.

Son estos valores, articulados de un modo abierto, pero en una posición de superioridad con respecto a otros valores (como, por ejemplo, la seguridad del orden establecido, las glorias patrióticas, la defensa de los privilegios heredados, etcétera), los que permitirán evaluar el avance práctico, efectivo, de una política de modernización desde una perspectiva de izquierda, lo que permitirá desarrollar una distinción entre derechas e izquierdas en la situación histórica de los próximos años.

No se alcanzará, pues, ningún destino predeterminado. No cabe pensar, por ello, en fabricar un nuevo modelo acabado de sociedad perfecta. Y no habrá, por tanto, una «lucha final» (como decía *La Internacional*). Pero librarse de utopismos de este tipo no implica que haya que caer inevitablemente en el cinismo ni en el nihilismo moral.

Es posible dar nueva vigencia a unos valores que son propios de la izquierda. Se requiere para ello un modo de pensar más laico, liberado de cargas engañosas, más lucidez crítica, conocimientos más fiables, que son, al fin y al cabo, la condición de una acción más eficaz. Precisamente porque no habrá al final de la Histo-

ria un final feliz, cabe un esfuerzo permanente que nunca alcanza su final sino que plantea continuamente nuevas exigencias. La izquierda no puede ser, pues, la búsqueda de seguridad, la posesión de verdades absolutas y la conciencia tranquila, sino el inconformismo, la capacidad crítica, la aceptación del riesgo, el gusto por el cambio, la heterodoxia, la disidencia, la iniciativa innovadora, la creatividad.

Este artículo se basa en la ponencia presentada por el autor en la «I Conferencia de Hombres y Mujeres de Izquierda», celebrada en Barcelona en febrero de 1986.

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 3 (OTOÑO 1986)

Carlos Piera: Estados/cultura/Unidos.

Tom Engelhardt: La televisión y los niños.

Klaus Haefner: El reto de la informática.

Fernando Savater: Nuestro tiempo y el otro.

Miguel Martínez-Lage: El caleidoscopio de la identidad: Viernes y Robinson.

Martin Filler: La construcción y la nada. Miel van der Rohe.

Alberto Ruy Sánchez: Melancolía de la verdad: Gide regresa de Rusia.

Rossana Rossanda: Rosa L.

Danilo Kis: Simón El Mago.

Gianni Vattimo: El futuro pasado.

Vittorio Strada: El futuro del futuro.

Horst Bienek: El ciego en la biblioteca. Jorge Luis Borges.

Eduardo Goligorsky: Cortázar y la política.

André Gorz: El que no trabaje comerá.

Ralf Dahrendorf: El nuevo sub-proletariado.

Max Frisch: Excepto la amistad.

Anthony Burgess: El lenguaje bajo el disfraz de la literatura.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 2.º - 28010-Madrid.